



TOM HOLLAND
EL
SUEÑO
DE
TUTANKAMÓN

Annotation

Valle de los Reyes, Egipto, 1922. Tras años de infructuoso trabajo, el arqueólogo Howard Carter desentierra un tramo de una escalera de piedra que conduce hasta la entrada de una misteriosa tumba sellada. Una terrible maldición inscrita en la piedra le da la bienvenida: La muerte le llegará con alas veloces a aquel que toque la tumba del faraón. Pero cuál es el secreto mortal de la tumba? ¿Y qué extrañas relaciones, conservadas a lo largo del tiempo, llevan hasta el mismo corazón del extraordinario pasado de Egipto? En El Cairo medieval, un califa sicótico ordena a un sabio que descubra la clave de la inmortalidad. En la antigua Tebas, Ajnaton, el más enigmático y trágico de los faraones, intenta liberar a su reino de las tinieblas y ganar la salvación en brazos de la bella Nefertiti. Tras treinta y dos años buscando a Tutankamon, Howard Carter da a conocer la verdad de su investigación. Todo ello se da cita en El sueño de Tutankamon, donde Tom Holland aporta sus inigualables habilidades narrativas y su impecable investigación a la más fascinante de todas las historias sobre Egipto. El resultado es un libro tan repleto de maravillas como la tumba de un faraón, un magnífico entramado de ciudades perdidas, arqueólogos intrépidos y pérfidos sacerdotes. Una historia inquietante y tentadora de una antigua civilización llena de vida, de magia y de misterio.

TOM HOLLAND

El sueño del Tutankamón

Traducción de Juan Valverde Gefaell

Planeta

Sinopsis

Valle de los Reyes, Egipto, 1922. Tras años de infructuoso trabajo, el arqueólogo Howard Carter desentierra un tramo de una escalera de piedra que conduce hasta la entrada de una misteriosa tumba sellada. Una terrible maldición inscrita en la piedra le da la bienvenida: La muerte le llegará con alas veloces a aquel que toque la tumba del faraón. Pero cuál es el secreto mortal de la tumba? ¿Y qué extrañas relaciones, conservadas a lo largo del tiempo, llevan hasta el mismo corazón del extraordinario pasado de Egipto? En El Cairo medieval, un califa sicótico ordena a un sabio que descubra la clave de la inmortalidad. En la antigua Tebas, Ajenaton, el más enigmático y trágico de los faraones, intenta liberar a su reino de las tinieblas y ganar la salvación en brazos de la bella Nefertiti. Tras treinta y dos años buscando a Tutankamón, Howard Carter da a conocer la verdad de su investigación. Todo ello se da cita en El sueño de Tutankamón, donde Tom Holland aporta sus inigualables habilidades narrativas y su impecable investigación a la más fascinante de todas las historias sobre Egipto. El resultado es un libro tan repleto de maravillas como la tumba de un faraón, un magnífico entramado de ciudades perdidas, arqueólogos intrépidos y pérfidos sacerdotes. Una historia inquietante y tentadora de una antigua civilización llena de vida, de magia y de misterio.

Título Original: *The sleeper in the sands*

Traductor: Valverde Gefaell, Juan

©1998, Holland, Tom

©2000, Planeta

ISBN: 9788408034490

Generado con: QualityEbook v0.87

Tom Holland

El sueño del Tutankamón

TÍTULO original: The sleeper in the sands

© Tom Holland, 1998

© por la traducción, Juan Valverde Gefaell, 2000

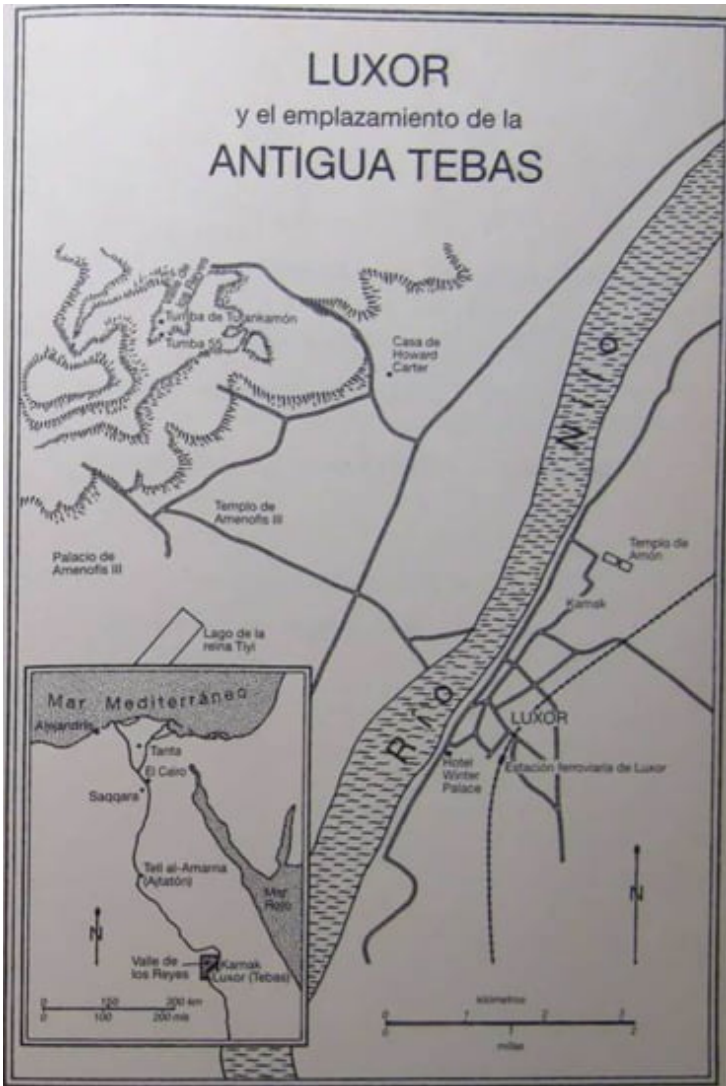
© Editorial Planeta, S. A., 2000

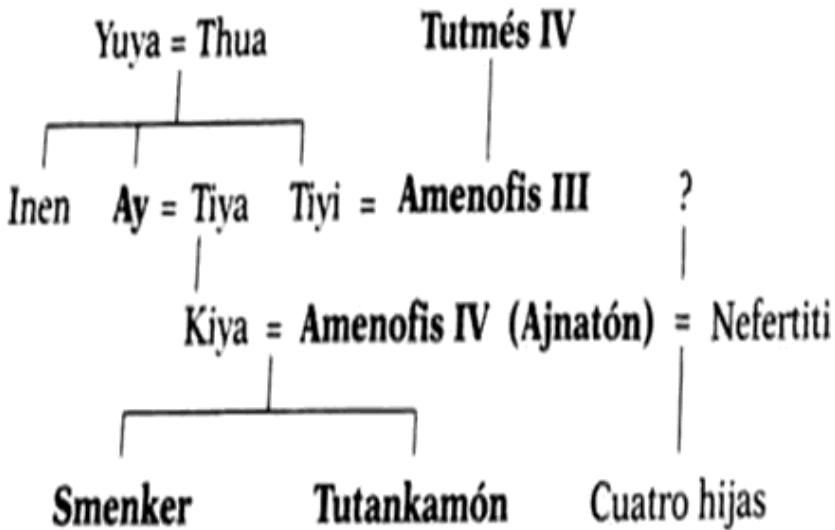
Primera edición: junio de 2000

Depósito Legal: B. 22.302-2000

ISBN 84-08-03449-9

*A Mattos,
un faraón entre amigos
Anido encontrado por Howard Carter en Tell al-Amama en
1892. Dibujo original de Tell El Amama,
de W. M. Flinders Petrie.*





El final de la XVIII dinastía

(Los nombres de los faraones están en negrita)

Decid: Busco refugio en el Señor de la Aurora,
 del mal de las cosas creadas,
 del mal de las Tinieblas que se extienden,
 del mal de aquellos que practican artes secre-
 tas,
 y del mal del envidioso que practica su envi-
 dia.

Surah al-Falaq («El Amanecer»), del Corán

El cuento del pájaro dorado

SE PASÓ la noche soñando que buscaba. Se imaginaba a sí mismo perdido en un laberinto de piedra en el que no había nada que encontrar más que pedazos de venda de momia y papiros cuya escritura hacía tiempo que se había borrado. Sin embargo, a pesar de ir tropezando en la oscuridad y en el polvo, estaba seguro de que delante de él, enterrada en algún lugar de la roca, había una cámara esperando, una prodigiosa tumba escondida, y era ese convencimiento lo único que le salvaba de la desesperación. Pero, aunque tropezando, seguía avanzando, y mientras tanto, se imaginaba que se iba acercando a la tumba. Alargaba los brazos, como para partir la roca. Por un momento se imaginó que percibía el brillo del oro y, por una vez, sintió una alegría que pareció dar sentido a su vida. No obstante, cuando miró de nuevo, el brillo había desaparecido, y se dio cuenta de que tanto los misterios de su vida como los de un pasado mucho más lejano permanecían en la oscuridad. Alargó los brazos otra vez, agitándolos. Pero no halló ninguna señal de oro; sólo roca, arena y polvo...

De repente, Howard Carter se despertó sobresaltado. Se incorporó respirando fatigosamente, aunque notó que se sentía casi aliviado. Parpadeó. El sol, que estaba saliendo y que aún calentaba bastante a pesar de que el año llegaba a su fin, proyectaba ya un rectángulo brillante sobre el fondo del cuarto; sin embargo, no había sido el sol lo que le había despertado. Carter parpadeó de nuevo y, al frotarse los ojos, lo oyó: era el canto de un pájaro.

Miró hacia el otro lado del cuarto. Había traído el canario consigo desde El Cairo hacía solamente una semana, un pájaro dorado en una jaula dorada. Se levantó de la cama y fue hacia él. «¡Un pájaro dorado! —habían exclamado los

trabajadores cuando vieron a su criado detrás de él con la jaula dorada al empezar las excavaciones de esa temporada—. ¡Es seguro que nos trae buena suerte! ¡Este año encontraremos, *inshalá*, una tumba de oro!»

Howard Carter realmente confiaba en ello; pero cuando se agachó para dar de comer al canario, su sonrisa no reflejaba ni mucho menos entusiasmo. No era necesario que le recordaran que necesitaba una buena racha de suerte desesperadamente; más suerte, desde luego, de la que había tenido durante los últimos seis años: tanto esfuerzo y tan poca recompensa. Sabía que su mecenas ya estaba perdiendo la fe en él; había sido difícil convencer a lord Carnarvon de que financiara una temporada más, la última ya. Si es que iban a encontrar la tumba, la tumba de oro sellada, la tumba que podría hacerles famosos para siempre, tenían que hacerlo durante los próximos meses; durante los próximos meses..., o nunca.

Sin embargo, a pesar de que antes jamás se había encontrado en ese valle una tumba que no hubiera sido saqueada, sabía que estaba ahí. En ningún momento había dudado de ello. Howard Carter hizo una pausa y miró al pájaro; entonces se incorporó repentinamente y fue hasta un escritorio del que cogió una llave para abrir el cajón inferior. Sacó de su interior un fajo de papeles descoloridos y los apretó fuertemente contra el pecho.

De repente, el pájaro empezó a cantar otra vez, y en la clara luz de ese amanecer en Tebas, su canto realmente parecía dorado.

Howard Carter volvió a meter los papeles en su sitio y cerró el cajón con llave. Tenía trabajo que hacer. Le esperaba una excavación en el Valle de los Reyes.

El aguador hizo una mueca y dejó su carga en el suelo. La jornada de trabajo en la excavación no había hecho más que empezar, y el gran cántaro de barro aún estaba completamente lleno. El joven se frotó los hombros y miró a su

alrededor con envidia. Quería tener la oportunidad de cavar, la oportunidad de encontrar la tumba de oro escondida. Acarreando agua por ahí todo el día, corriendo y acudiendo cuando le llamaban, ¿qué esperanzas podía tener de encontrar algo?

Removió la tierra ligeramente con el pie; escarbó un poco más, y entonces sintió una piedra plana justo debajo. Se agachó y empezó a apartar la arena enérgicamente con las manos. Cuando la hubo desenterrado, la piedra, de repente, pareció desplomarse.

Uno de los trabajadores llamó al joven y le pidió agua, pero éste no le hizo caso. El trabajador le increpó, enfadado, con la mano levantada. Pero de pronto bajó el brazo y miró en silencio lo que el joven había desenterrado.

Había un escalón labrado en la roca que parecía llevar hacia abajo, hacia las profundidades de la tierra.

Cuando Howard Carter llegó, aún reinaba un denso silencio. Todos los trabajadores le miraban, y él supo de inmediato que habían descubierto algo. Ahmed Girigar, su capataz, se adelantó de entre la muchedumbre. Se inclinó con la cara rígida y señaló con el brazo.

Por un momento, Carter creyó que se le había parado el corazón, que todo el valle, y hasta el mismo cielo, se estaban derritiendo y desplomando en ese mismo momento.

Entonces hizo una señal con la cabeza bruscamente. Aún en silencio, pasó por entre los trabajadores. Al pasar, empezó a oír un murmullo que se fue convirtiendo rápidamente en gritos de emoción y temor: lo que habían encontrado era la tumba del pájaro.

Había mandado que trajeran el canario a la excavación para dar ánimo a los trabajadores mientras iban quitando la tierra. También era —Carter no se lo podía negar a sí mismo— un pequeño intento de calmar sus propios nervios alterados, ya que desde su infancia siempre le habían gusta-

do los pájaros, y su canto le tranquilizaba mucho. Pero aunque su expresión, durante ese largo primer día y el siguiente, se mantuvo inmutable, sus pensamientos continuaron siendo una agitación de terrores y esperanzas turbulentas, y casi no pudo oír cantar al canario. Lo único que le llenaba los oídos era el sonido metálico de las palas golpeando las piedras, mientras la escalera era desenterrada lentamente, escalón tras escalón.

Ya estaba casi poniéndose el sol cuando por fin quedó al descubierto la primera parte de una entrada. Howard Carter permaneció un rato de pie en lo alto de la escalera, casi incapaz de moverse, con todos sus nervios paralizados debido a sus repentinas dudas. Estar tan cerca de un acontecimiento milagroso..., y quedarse luego decepcionado: esa horrible posibilidad le turbaba la mente. Sin embargo, sus pasos continuaron firmes mientras bajaba hacia la puerta, y su cara seguía tan serena como si fuera de piedra, tal como lo había estado durante todo el día.

Pese a todo, las manos le temblaban mientras limpiaba con ellas la arena de la entrada. De pronto se dio cuenta de que estaba sellada; empezó a temblar tanto que tuvo que parar y apoyarse con las manos en el suelo. Entonces observó el sello. Lo reconoció de inmediato: un chacal victorioso sobre nueve prisioneros atados, el símbolo de la necrópolis del valle de los Reyes.

Carter respiró profundamente. Había visto ya ese símbolo muchas veces en las otras tumbas del valle, pero todas ellas habían sido saqueadas. Alargó el brazo para tocar el bloque de piedra que tenía enfrente y seguir con el dedo las líneas del sello. En los otros lugares, la protección del chacal había sido inútil; ¿por qué creer que podía ser diferente ahí? Carter se puso otra vez a quitar la arena de la entrada y, mientras tanto, observó un pesado dintel de madera en la parte superior del bloque. Pidió un pico y, con la punta, empezó a hacer un agujero con mucho cuidado. Al

acabar, sacó una linterna del bolsillo, aguzó la mirada y miró por el hueco.

Pudo ver que había piedras tapando el pasillo. Las piedras estaban bien amontonadas y llegaban hasta el techo. No parecía que las hubieran tocado nunca. Lo que hubiera tras ellas, sin duda estaba aún en su sitio.

Carter apuntó con su linterna lentamente hacia abajo y apoyó la frente en el bloque de piedra polvoriento.

Evidentemente, había algo esperando que lo encontraran, algo que había sido guardado bajo piedra con el mayor cuidado. Pero ¿qué? ¿Qué?

Carter se movió impaciente, apoyando las manos en las caderas. Tenía que saberlo; tenía que estar seguro. Se puso otra vez a limpiar la entrada, examinándola cuidadosamente en busca de un sello diferente que identificara al dueño de la tumba. Parecía imposible que no pudiera estar ahí, porque él sabía que, en la filosofía de los pueblos antiguos, había sido el recuerdo del nombre lo que había servido para mantener viva el alma de los que fallecían. «¿Y quién puede decir —pensó Carter con un repentino gesto reflexivo— que semejante suposición no haya sido correcta, que la fama sea sin duda la más auténtica inmortalidad?»

Sin embargo, aún no podía ver nada de lo que había detrás y, mientras limpiaba, empezó rápidamente a ponerse frenético, lleno de dudas. Comenzó a escarbar en la tierra con los dedos, intentando despejar un poco más la puerta, y de repente se quedó paralizado. Había notado algo con los dedos, y continuó quitando la tierra con todo el cuidado del que fue capaz; finalmente quedó desenterrada una tablilla de barro cocido. Parecía estar intacta, y tenía jeroglíficos grabados a lo largo de una franja lateral. Carter sacó la tablilla con cuidado. Se puso de pie y la estudió con cuidado, murmurando palabras mientras intentaba comprender las inscripciones.

A los trabajadores, que observaban a su patrón, les pareció que de repente se había puesto pálido.